

Presentación

PALABRAS DE INAUGURACION

Mons. Mario Revollo Bravo* —

Después de haber invocado la luz del Espíritu Santo, Espíritu de verdad y de amor, damos comienzo al Primer Congreso Nacional de Teólogos. Damos gracias al Señor que nos ha permitido realizar esta iniciativa al servicio de la Iglesia y de quienes por ella han de ser evangelizados. Y damos gracias también a todos aquellos que han trabajado generosamente en la preparación del Congreso con profundo sentido eclesial y apostólico, a los conferenciantes, al señor Arzobispo de Medellín, nuestro amable anfitrión, al señor Rector de este Seminario y a cuantos han hecho posible esta convivencia de fe.

La Comisión Doctrinal de la Conferencia Episcopal de Colombia, presidida hasta el mes de julio por Monseñor Alfonso López Trujillo, vió la conveniencia de hacerse vocera del deseo manifestado por algunos teólogos de reunir un congreso para reflexionar como tales en el marco concreto de nuestra Iglesia

* Licenciado en Teología, Universidad Gregoriana; Licenciado en Sagrada Escritura, Pontificio Instituto Bíblico; Obispo Auxiliar y Vicario General de la Arquidiócesis de Bogotá.

hoy. La tarea de suscitar la reflexión teológica es función específica de la Comisión, señalada por su propio Estatuto. Esta es la razón de que haya querido prestar este servicio a nuestros teólogos y a nuestra Iglesia.

El tema escogido no puede ser más importante y actual: Evangelización y Teología. La evangelización del mundo contemporáneo fue el objeto de las deliberaciones del Sínodo de los Obispos de 1974. Y, aunque esas reflexiones aún son en su inmensa mayoría apenas ricas fuentes en reserva de utilización pastoral, el Sínodo ha sido ya un despertar de conciencia de Iglesia sobre su primordial deber de evangelizar.

A la luz del Sínodo, entendemos la evangelización como la acción de toda la Iglesia, particularmente de los pastores, que comprende estos elementos esenciales: el anuncio del mensaje, el testimonio de la vida, la vivencia sacramental y la animación cristiana de las realidades temporales. Esta es la evangelización con la cual estamos comprometidos como partícipes de la función profética de Cristo.

La evangelización debe estar siempre íntimamente vinculada a la teología, como ésta a aquélla. No pueden transitar por caminos distintos, aunque cada una haya de conservar su propia especificidad. Una teología que se desentendiera de la tarea evangelizadora y dedicara sus esfuerzos a elucubraciones ajenas a la realidad pastoral, no creo que cumpla una auténtica misión de Iglesia. Cuando la fe decrece, especialmente en las generaciones nuevas, cuando aumenta el materialismo de la sociedad de consumo y por ende el desinterés por los valores trascendentes, cuando se extiende el secularismo con creciente vigor a personas e instituciones, la teología no puede darse el lujo de enajenarse de estos hechos y encastillarse en reflexiones y polémicas estériles. Afortunadamente en los últimos tiempos, los teólogos cada vez más se centran en temas de verdadera incidencia en la pastoral de la evangelización y proyectan la luz de sus estudios sobre el camino que transitan "los pies de los que evangelizan el bien" (Rom 10,15). Así la teología construye la Iglesia.

Una teología vital y eclesial tiene necesariamente en cuenta los grandes interrogantes del momento en un contexto histórico y geográfico. Nadie ignora que hoy la Iglesia padece una crisis interna que suscita inquietudes y da ocasión a posiciones extremas. Hay confusión tanto en ideas como en actitudes, el pluralismo no siempre se entiende en sus debidos términos, se en-

frentan sin asomo de reflexión elementos que no tienen por qué estar enfrentados —como es el caso de institución y carisma—, en ocasiones el hombre separa lo que Dios ha unido. De otro lado, surgen en la Iglesia con signo prevalentemente positivo movimientos pastorales para promover la renovación cristiana, que el Señor nos pide y la Iglesia reclama con insistencia.

De lo uno y de lo otro ha de ocuparse la teología, a saber, de los fenómenos de crisis para analizarlos con precisión y profundidad y señalarles los caminos de solución, y también de las iniciativas renovadoras que, para ser auténticamente tales, requieren bases sólidas de principios que la reflexión teológica esclarece y hace más comprensibles. En esta actividad de servicio la teología está llamada a proceder con profundo espíritu de Iglesia y, al mismo tiempo, con estricto rigor científico, tanto bíblico como teológico. Estoy seguro de que los teólogos colombianos así entienden su función y de que redoblarán sus esfuerzos e intensificarán sus estudios para elaborar una teología que, siendo de Iglesia y por tanto válida en todas partes, tenga presente la realidad concreta de nuestro medio y marque derroteros de luz a la evangelización de nuestro pueblo.

Tengan, pues, las sesiones de este Congreso un sello profundamente pastoral. Convencidos de que no son un grupo privilegiado que pudiera encerrarse para hacer preciosismo vano, sino servidores de la Iglesia con carisma propio para edificarla, los teólogos aquí reunidos habrán de sentirse y actuar como miembros vivos y activos del Pueblo de Dios que entienden y aceptan gozosos la misión que el Señor les confiere para que contribuyan a que la Iglesia sea más y más a los ojos de todos los hombres el gran sacramento de salvación universal.

Tiene el Congreso un objetivo general y objetivos específicos. El primero está expresado en estos términos: "Conocimiento y mutua animación de la misión del teólogo, como servicio de Iglesia, en la situación colombiana". Esta síntesis recoge todo el pensamiento que hasta aquí hemos desarrollado. Pero tiene un elemento más al cual hago breve referencia: mutua animación. El teólogo no puede actuar como ser aislado de los demás que ejercen idéntica tarea eclesial. Es necesaria la mutua animación de sus actividades para que, sin perder ninguno su personalidad y su especialidad, todos se sientan vinculados entre sí en orden al progreso de una teología conherente, viva, integrada a la realidad, fiel al Magisterio eclesiástico y anclada en la roca inmovible de la Revelación.

Los objetivos específicos están también expresamente señalados. En primer término, procuraremos conocer en sus rasgos más característicos las tendencias del pensamiento teológico que sea posible detectar hoy en Colombia. Tiene que ser un trabajo que excluye las posturas a priori, eminentemente objetivo, leal al pensamiento de los autores, realizado con sereno análisis. Pero naturalmente no nos ha de bastar este conocimiento, que en sí mismo tendría valor casi tan solo de tipo estadístico. Es por consiguiente necesario dar un segundo paso para confrontar esas tendencias con las Fuentes de la Revelación; solo de esta confrontación será posible configurar un auténtico pluralismo teológico. Este es el punto neurálgico de nuestra reflexión, que nos exige equilibrio emocional y científico, amplitud de miras dentro de una fidelidad irrestricta a la Palabra divina conjugada con el servicio de amor a los hombres que evangelizamos. Entonces será posible, en último término y dentro del marco de un pluralismo legítimo, ponernos de acuerdo sobre el objetivo fundamental de la tarea de los teólogos en la cátedra de las universidades y los seminarios y en todas las actividades que emprendan en cualquier otro campo de la pastoral. Esto es lo que hace la labor teológica verdaderamente fecunda.

Comprendieron los organizadores que era preciso evitar los vaivenes y divagaciones a que da lugar la ausencia de objetivos específicos y, por eso, creyeron que era necesario señalarle el polo antes descrito y sugerir los pasos que a él conducen. Esto, sin embargo, no implica una estructura férrea que acorte el vuelo teológico; es apenas una pauta para no tratar de omni rescibili y dar un cauce razonable a las deliberaciones. En este marco los miembros del Congreso intervendrán a sus anchas, conscientes de su auténtica función eclesial, en desarrollo de su carisma propio, con la libertad que confiere la verdad, de acuerdo con la palabra de Jesús que nos da el criterio seguro del pensar y del actuar: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn. 8, 32).

El Congreso lo harán todos los participantes en el mismo. Las conferencias que habremos de escuchar y que son el fruto de maduro estudio no hacen por sí solas el Congreso. Hemos de tomarlas como instrumentos de trabajo que arrojan luz nueva sobre temas concretos y estimulan la reflexión de los miembros del mismo para enriquecer las materias tratadas y alcanzar los objetivos propuestos. Con libertad evangélica serán analizadas, sometidas a serena crítica y acaso controvertidas. El teólogo sabe y acepta que su carisma no incluye la infalibilidad.

En este ambiente fraternal ordenado al mutuo enriquecimiento los teólogos aquí presentes compartirán unos con otros su vida de fe y la visión vital y comprometida de su teología; harán más íntima en amor y obediencia la comunión eclesial por encima de los puntos de vista particulares; se comunicarán mutuamente los diversos intentos de interpretación de la realidad a la luz de la única Palabra de Dios, del mismo Magisterio; se harán recíprocamente solidarios con los planteamientos de la teología en relación con la evangelización y con las inquietudes pastorales que requieren el aporte de la teología; aunarán esfuerzos para descubrir, hasta donde sea posible, si ya es dado hablar de una teología propia, con sello específico, dentro de la comunión universal de Iglesia.

Los carismas en la Iglesia, como dones de Dios, están maravillosamente ordenados y subordinados para la construcción del Cuerpo de Cristo. Y pocos como el teólogo, por su misma tarea de investigación, están en condiciones de descubrir sin sombras su propia ubicación en el quehacer de la Iglesia. Sabe el teólogo, y ello le da máxima seguridad, que lo apremia en todo momento la fidelidad indeficiente a la Revelación divina y la adhesión sincera a las enseñanzas de quienes Cristo constituyó en el carisma de maestros de la Iglesia. Consecuencia de ello son las virtudes que deben adornar con luz meridiana la actividad y la vida del teólogo: la fe que se hace amor a la palabra revelada y la humildad que se hace obediencia al Magisterio.

Esta reflexión teológica que vamos a hacer está llamada a hermanarnos en el amor de Cristo. Nada nos separe, todo contribuya a unirnos. En ambiente de fe y caridad, las deliberaciones que necesariamente comportarán crítica y confrontación serenas y objetivas nos llevarán a encontrar a Cristo Señor, presente y actuante en su palabra de salvación. No temamos la polémica que se adelanta con altura, temamos solamente la actitud que hiere. Estoy seguro de que por encima de todo reinará el amor fraterno.

En este momento me vienen a la memoria estas palabras de Jesús a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré. . . Mucho podría deciros aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa" (Jn. 16, 5-7. 12-13). Y el Espíritu de la verdad vino en Pentecostés y permanece en la Iglesia como guía y maestro. El distribuye los carismas y hace la uni-

dad. Es luz del Magisterio y faro indeficiente de la Teología. Pentecostés fué ayer, es hoy y será siempre. También ha de venir el Espíritu Santo a este humilde cenáculo de teólogos colombianos, comprometidos con la palabra revelada, que le abren su mente y su corazón para que El penetre hasta las profundidades de su ser y los consagre en la verdad.

Con la más íntima convicción de su consuelo y asistencia divinos acometamos ya nuestra tarea y demos comienzo al Primer Congreso Nacional de Teólogos en el nombre del Señor.